



# Manuelie Vilanova

VIVE EN LAS DOS ORILLAS  
DEL RÍO DE LA PLATA Y SE PASÓ  
LA MITAD DE LA VIDA DISEÑANDO ROPA  
CON LA MIRADA PUESTA EN EL FIRMAMENTO.  
HACIA ALLÁ VA

Por **MARINA BARRIENTOS**

Salvo por el remate de las medias lila, algún accesorio y la música ultracontemporánea de fondo, nada indica que es una tarde de abril de 2014. Manuelie Vilanova, de vestido color naranja y silueta *sixties*, sirve el blend familiar, un té de fuerte base ahumada que se expande en el ambiente, en el escritorio de la casa de su abuela, atelier de Galaxia, su marca, y actual base para los primeros movimientos de la vida entre Buenos Aires y Montevideo. En esta casa con un reloj que campaneas las horas, mobiliario de estilo, adornos históricos, encantador techo a dos aguas, juego de jardín de hierro y densa vegetación, también se inscribe parte de la influencia estética que viene por línea materna y se asienta en una persona: la abuela costurera de "maravillas que le avergüenza mostrar", amante de los brillos, los encajes y las puntillas. De allí la inclinación precoz, dice, aunque el relato no empieza por los orígenes, sino por el principio: las fuentes.

"Estoy muy conectada con el aire, con el espacio y con el cosmos. Estuve investigando mucho en moldería japonesa y en la geometría de esa cultura, pero cuando empecé a estudiar me di cuenta de que no tengo tanto que ver con ellos; los japoneses son megaterrenales, toda su ideología está en la tierra, en el agua, en la naturaleza, en la materia. Encontré mi referencia en los chinos, grandes investigadores del cielo, donde además tienen su mitología. Yo miro el cielo y ahí empiezo a crear, a conectar formas, interpretar constelaciones. Esa sensación de infinidad es la bajada que le trato de dar a cada prenda. Intento que tengan esa carga especial".

Si bien rápidamente anuncia que será desordenada, puestos en discurso sus conceptos son más precisos que etéreos, una condición que se replica en sus colecciones de geometrías exactas, tramas siderales y colores que emulan los de una supernova, y que podrían vestir tanto a una mujer de un futuro exigente

como a la chica que acaba de llegar a la ciudad buscando hacer pie en un universo concreto. Esas referencias cruzadas son, en realidad, complementarias y dan el tono a las colecciones de Galaxia, en las que Manu Vilanova aborda la alta costura como un recurso versátil que también puede alumbrar experimentos inesperados.

Una vez establecidas las herramientas, el punto de partida para crear las piezas es siempre el estudio de las tendencias, formas y texturas de la temporada, sobre todo europea. Su fuerte impulso investigador tiene tanto de curiosidad neta como de disciplina profesional, aunque el proceso de producción en sí revelará una concentración casi obsesiva en el oficio. Los accesorios insustituibles, la máquina de coser, las medidas del cuerpo, las posibilidades de una tela, la funcionalidad de la ropa a su contexto, son variables que pueden ocupar el tiempo y la conversación de Manuelie tanto como los ruedos que cose con

tensión de escultor.

Manu tiene 27 años y diseña desde hace 14, casi tantos como los que lleva Cristina, su modista de confianza, cosiendo para ella. Con el tiempo desarrollaron una relación muy estrecha y, de hecho, Cristina está a punto de instalarse en Buenos Aires, donde espera ganar en estabilidad y cercanía geográfica a los proyectos que mantienen a Galaxia muy activa ("es muy talentosa; me llevo un tesoro, la extensión de mis manos").

Lo que empezó a los 13 como una afición casual derivó dos años más tarde en primeras pruebas para amigas y en la explosión del hobby amateur. Por esa época, creó los primeros diseños, incluido uno que reconstruyó en su última colección -*Sky Illusions*, presentada en la última Moweeek- para saldar una deuda adolescente. La versión mejorada tiene el encaje de enormes flores bordadas pero corrige el busto, malogrado por un exceso de tela que formaba un conito en la punta, un defecto que Manu ocultó en todas las fotos que se conservan de la fiesta.

A los 18, después de algunos vaivenes vocacionales, entró en la ORT para hacer diseño textil y, ya decidida a dedicarse de lleno al rubro, tocó la puerta de Fernanda Cadenas (el primer atelier que había visitado en la vida, "un lugar que me llenó de fantasías"), donde comenzó clasificando colores de piedras y terminó creando una línea casual que le dio su primera gran satisfacción profesional.

Unos semestres después, explica, cuotas proporcionales de complejo intelectual y esnobismo la llevaron a querer vivir una experiencia más profunda que la que podía darle la universidad local,

**"Fue alucinante pasar por la UBA, compartir el aula con 600 alumnos, pararte y saber que sos uno más y que si querés destacarte tenés que romperte el lomo"**

y partió hacia Buenos Aires, donde la intensa relación de la ciudad con la estética hizo que por fin entendiera que el diseño no tenía por qué ser banal. Es más, se sintió inspirada, cómoda y contenida: "Fue alucinante pasar por la UBA, compartir el aula con 600 alumnos, pararte y saber que sos uno más y que si querés destacarte tenés que romperte el lomo".

Y aunque la capital porteña sigue siendo prometedora, algo la llama a construir su proyecto en Montevideo y dar pasos más firmes en ese sentido. La sensación de posibilidad la atrae, pero la doble sede todavía funciona: la intención no tiene otras coordenadas que las expresivas. "Yo propongo una experiencia, la de usar una prenda y por qué usarla. Quizá sea más difícil de vender y de que las personas conecten con eso, pero hay una relación desde que comprás la tela y le explicás al modisto lo que querés hacer con ella y él la toma con el mismo amor que yo al elegirla; todo ese proceso está cargado de emociones. Esta es la primera vez que logro darle esa carga a un proyecto, que cada prenda tenga una profundidad como la que realmente quiero para todas las de Galaxia".



Foto JUAN PABLO LANDARIN - SALVADOR ESTUDIO